

LOS CABALLOS DEL CID

Entre los variados aspectos que ofrece la literatura cidiana, se nos presenta como tema sugestivo y de indudable interés referirnos a los caballos que debió de utilizar *El Campeador*, ya que viviendo en época caballeresca por excelencia y siendo este noble bruto el único motor apto para la guerra en aquellos tiempos, su importancia y transcendencia quedan patentizadas.

¿Qué caballos montó Rodrigo Díaz? Las fuentes cidianas nos hablan reiteradamente de su famoso *Babiaca*, pero nosotros prescindimos del nombre de éste o de cualquier otro, pues varias tuvieron que ser las cabalgaduras que utilizó en sus vastas y continuadas empresas guerreras. Vamos a hacer un somero estudio de las características de los caballos que existían en la Península en la época de este glorioso caudillo, para lo que nos es necesario en primer lugar presentar un pequeño bosquejo del origen y empleo del caballo a través de la Historia, hasta llegar a la época que nos interesa.

* * *

El origen del caballo, como el de todos los seres, es enteramente desconocido. El caballo existía en el pueblo primitivo, y sus restos fósiles aparecen en los mismos terrenos en que se encuentran los grandes mamíferos, como el mamut y el mastodonte. El caballo fósil fué descrito y clasificado separadamente por algunos antiguos naturalistas con el nombre de *equus adamiticus*, pero las observaciones hechas después han demostrado que el caballo antediluviano no se diferenciaba nada del actual. Creen los monogenistas que el caballo tuvo un centro único de creación sobre la Tierra, irradiándose en

todas direcciones. Admítase que tuvo su origen en las mesetas del Asia Central, precisamente donde el hombre vió la luz por vez primera y de donde partió para ocupar el mundo entero. He aquí los hechos en que se sustenta esta opinión:

Alrededor del macizo central del Asia se encuentran los tres tipos orgánicos fundamentales de la especie humana: el hombre blanco, el amarillo y el negro; y los tres tipos del lenguaje humano: el monosilábico, el aglutinante y el de flexión, constituyendo estas circunstancias una prueba de que el hombre apareció por primera vez en la región donde la Sagrada Escritura coloca la cuna del género humano. Partiendo de este macizo central, el hombre ocupó progresivamente todas las partes del mundo. Desde allí, también, siguiendo a los pueblos pastores, los caballos se esparcieron, primero por la Rusia europea y después hasta la Europa occidental, iniciando la emigración equina que perdura hasta nuestros días.

La causa principal de la diversidad de las razas *fundamentales* caballares fué la ruta que siguieron los pueblos pastores después de haber sometido los equinos a la domesticidad. Lentamente, los diversos terrenos, con sus pastos, alturas, climas y ambientes distintos, imprimieron sobre ellos su huella, con arreglo a leyes perfectamente establecidas, imponiendo a cada una sus características esenciales.

La influencia del medio es habitualmente muy profunda sobre los seres vivos. Entre los diversos factores que intervienen en la acción de los medios, hay algunos, como el clima y la alimentación, de los que se conocen perfectamente su influencia; la de la alimentación es considerable, pues por medio del régimen dietético se puede modificar rápidamente el carácter, el pelo y hasta la conformación del animal; la acción del clima no es menor, y se observa igualmente sobre los animales y sobre los vegetales.

A la influencia ejercida por la alimentación y el medio ambiente, sigue en importancia la que resulta de los cruzamientos, que es la que ha determinado, durante los tiempos históricos, la formación de las nuevas razas caballares, compuestas en su origen de elementos diversos, pero que acabaron por poseer caracteres hereditarios e idénticos. Cuando estos cruzamientos tuvieron lugar entre las razas superiores, dieron generalmente productos satisfactorios, porque los individuos que resultaron de la cruce reunieron por agrupación de herencias las buenas cualidades que poseían separadamente las razas progenitoras (1).

(1) J. G. DE LA CONCHA y A. RODRÍGUEZ, *Estudios hípicas*. Jerez, 1930.

“Puede afirmarse que los Estados Unidos deben a los cruzamientos entre los emigrantes procedentes de todas las partes de Europa, esa vigorosa población que les ha elevado tan rápidamente al primer rango de las naciones civilizadas. En cambio, entre razas muy desiguales, los europeos y los negros y los australianos, por ejemplo, los cruzamientos no pueden ser considerados más que como muy desfavorables a la mejora general de la especie humana. Cuando no están sometidos al cruzamiento, las razas inferiores desaparecen rápidamente al contacto con las razas superiores, y el resultado final es que una raza bien dotada se apodera del sitio de la raza que lo era menos. Con los cruzamientos, al contrario, se mantiene la existencia de la raza inferior, que no se mejora más que débilmente, y al fin, después de algunas generaciones, degenera considerablemente la raza superior” (1).

Estas observaciones referentes al resultado de los cruzamientos entre las diversas razas humanas son aplicables, en general, a todas las especies animales y vegetales. Según veremos más adelante, cierto tipo de caballo demuestra la superioridad de su origen al tomarle como prototipo para la mejora de las demás razas equinas.

En Asia, Africa y Europa Central, las diferentes razas caballares que se han formado después han conservado los caracteres del tipo primitivo, conocido ahora por tipo *oriental*; mientras que en el Oeste de Europa se transformó en el tipo *occidental*.

Las estepas fueron siempre el punto de partida de las invasiones de los pueblos jinetes. La más extensa de las mesetas herbáceas, la del Asia Central, dió nacimiento a una serie ininterrumpida de invasiones de nómadas jinetes. En dos direcciones se efectuaron esas emigraciones: una, por la serie de llanuras esteparias que después de atravesar el Turquestán y el Norte del Mar Caspio, se extendió por la Rusia meridional hasta el Danubio y llanura de Hungría, por el Sur; y hasta los Países Bálticos, por el Norte. Otra dirección fué la que, continuando la línea de mesetas, partió de la de Pamir (llamada el *techo del mundo*), y siguiendo la ruta de Occidente llega a la de Irán, pasa por el Sur del Caspio, en donde toma dos caminos: el de Armenia y Asia Menor hasta los mares Negro y Mediterráneo, y el de la gran meseta arábiga. Después de estas emigraciones, el caballo asiático fué llevado en otras próximas, realizadas por los árabes, que pasando el istmo de Suez llegan a Africa y luego por el Estrecho de Gibraltar a España.

* * *

(1) GUSTAVO LE BON, *L'homme et les sociétés*.

Acerca del número de especies que han dado origen a las razas de caballos, reina gran confusión, creyéndose por una parte que derivan de una sola especie, con dos variedades: *oriental* y *occidental*, según unos; *oriental* y *africana*, para otros.

Sanson, el sabio zootécnico francés, hace la clasificación que llama zoológica, tomando como punto de partida los estudios de Retzius y Broca en el hombre, en las dimensiones del cráneo, relacionadas entre sí, agrupando los caballos, según su índice encefálico, en braquicéfalos y doliocéfalos. Los primeros son aquellos en que la anchura craneana es mayor que su longitud; y los doliocéfalos, en los que predomina ésta sobre aquélla, no admitiendo los mesocéfalos o de proporciones medias por creerlos mestizos.

He aquí el cuadro dado por Sanson de las razas caballares:

ESPECIES BRAQUICÉFALAS:

<i>Equus Caballus Asiaticus</i>	(raza asiática)
" "	<i>Africanus</i> (raza africana)
" "	<i>Ibernicus</i> (raza irlandesa)
" "	<i>Britanicus</i> (raza británica)

ESPECIES DOLIOCÉFALAS:

<i>Equus Caballus Germanicus</i>	(raza germánica)
" "	<i>Frisius</i> (raza frisona)
" "	<i>Belgus</i> (raza belga)
" "	<i>Sequanius</i> (raza secuanesa)

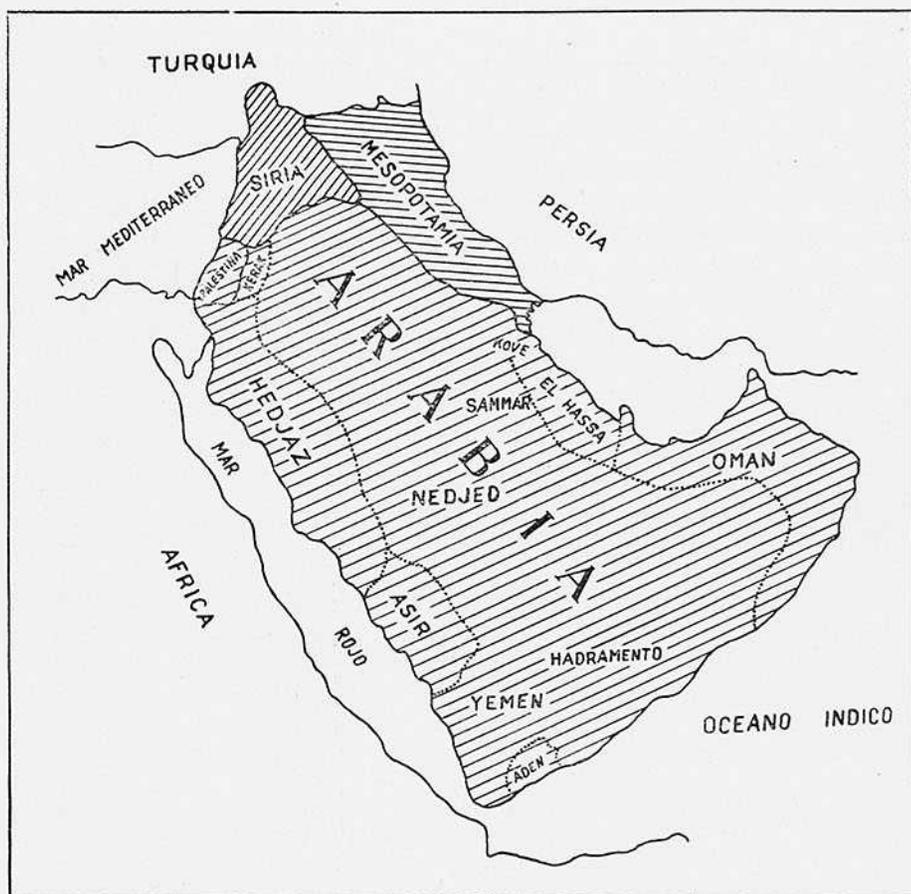
Baron encontró muy rígido el sistema de Sanson para la clasificación e ideó otro más flexible, considerando las variaciones que bajo la influencia de los métodos zootécnicos han experimentado los animales, para lo que se fijó en tres elementos determinantes de la plástica general de éstos: tamaño, perfil y proporciones; formando otros dos grupos con los caracteres suministrados por las variaciones pilosas y las variaciones fisiológicas.

A cada uno de estos tres elementos plásticos los dió nombres distintos: *heterometría* o *autometría*, al tamaño, determinado por la alzada y peso del animal; *eumétricos* llama a los representativos del tipo medio de la especie (caballos de 435 kgs. de peso y una alzada media de 1,50 m.); *elipométricos*, a los que encierran en sí la variación negativa en este concepto (menos peso y alzada), e *hipermétricos*, a aquellos que lo son positivamente (mayores alzada y peso); aún pueden considerarse más variaciones, anteponiendo los prefijos



Cuna del caballo asiático y direcciones de emigración

(Corresponde al artículo del Sr. Ibáñez de Aldecoa)



Area del caballo árabe

(Corresponde al artículo del Sr. Ibáñez de Aldecoa)

ultra y *sub* a los individuos que presentan muy acentuados o poco manifiestos, respectivamente, los caracteres de hipermétricos o elipométricos.

Con la palabra *aloidismo* se expresan las variaciones de la *silueta* o *perfil*, reflejadas preferentemente en el perfil cefálico y por correlación orgánica en las distintas partes del cuerpo, y en la forma y grosor de las extremidades. El tipo medio, el de perfiles rectos, se llama *recto*, expresándose las variaciones positiva y negativa con las denominaciones de *convexo* y *cóncavo*, respectivamente; también se admiten las poco y muy acentuadas (sub-convexo, sub-cóncavo; ultra-convexo, ultra-cóncavo).

El tercer elemento considerado por Baron es la *anamorfosis*, con el cual se expresan las *proporciones* de los animales, o sean las relaciones que guardan entre sí sus elementos de anchura y longitud, llamándose *mesomorfos* o *mediolíneos* a los caballos de proporciones medias; *dolicomorfos* o *longilíneos*, a los representantes de la variación positiva, aquellos en que dominan los elementos de longitud sobre los de anchura; y *braquimorfos* o *brevilíneos*, los contrarios, los de formas recogidas; lo mismo que en los elementos anteriores, se llaman *ultra-longilíneos* y *ultra-brevilíneos* a los que presentan muy acentuados sus respectivos caracteres, y *sub-brevilíneos* y *sub-longilíneos*, a los poco marcados.

* * *

El caballo fué utilizado para la alimentación en las épocas del Paleolítico y del Neolítico. Es en la época geológica actual, cuando, acuciado por la necesidad ante las alternativas de abundancia y escasez de alimentos que la caza le proporcionaba, el hombre se hace sedentario y domestica a los animales, entre ellos preferentemente al caballo, que primero como alimento y después como motor le ha de prestar incomparables servicios. Las sugestivas pinturas dejadas por el troglodita en sus cavernas nos muestran en España y Sur de Francia la existencia de caballos de perfil cóncavo o sub-cóncavo y recto (1).

En la Edad Antigua adquirieron gran preponderancia los pueblos de Oriente, Grecia y Roma. En el Oriente, constituido por los pueblos asiáticos, menos Siberia, se engloban, también, Egipto y Cartago. Con los pueblos orientales se han hecho tres grupos: los que vivieron

(1) J. G. BENGUA, *Estudios bípicos*. Jerez, 1930.

en el aislamiento, los guerreros y los comerciantes. La China, la India, el Pueblo hebreo y Egipto constituyen los pueblos que vivieron aisladamente; todos conocieron y se sirvieron del caballo, siendo imposible hoy saber desde cuándo data su empleo por ellos, aunque sí sabemos que en China existía desde tiempo inmemorial y que muchos siglos antes de la Era Cristiana se servían de él para sus empresas guerreras. En la India se le encuentra enganchado en las primeras épocas y luego sirviendo de cabalgadura en las luchas que se vió obligada a sostener, especialmente con los macedonios. Durante la época de los Patriarcas y Jueces del pueblo hebreo, el caballo no fué empleado hasta David, su segundo rey, que lo introdujo, siendo difundido por su sucesor, Salomón, que poseía magníficas yeguas y grandiosas caballerizas.

En Egipto se encuentran dibujos y relieves del caballo en los jeroglíficos y adornos de sus monumentos, de lo que se deduce que fué empleado en labores agrícolas, en el arrastre de materiales para construir las pirámides y en la guerra como cabalgadura o enganchado a veloces carros. Los pueblos guerreros asirios, babilonios, medos y persas emplearon al caballo de una manera constante en sus bélicas empresas, formando enormes masas de jinetes y desplegando un lujo extraordinario en su adorno, siendo los asirios quienes primero utilizaron la Caballería, que por su rapidez en el desplazamiento se hizo muy temible.

En Grecia vemos la intervención de sus jinetes en todas sus guerras, principalmente en las del Peloponeso, siendo importante su papel en las sostenidas por los macedonios para afirmar su poderío sobre Grecia, en tiempo de Filipo II, y en las de Alejandro Magno, que realizó sus famosas hazañas montado en el célebre *Bucéfalo*, caballo que domó y que en la India, al morir en la batalla que le presentó delante del Hidaspes el rey Phoro, hizo que se le enterrara en grandioso sepulcro, sobre el cual mandó construir la ciudad de Bucefalia. Conocido y empleado el caballo por los etruscos y demás pueblos, la Roma gloriosa, rival y sucesora de Grecia, hizo que su utilización en guerra fuese constante y altamente apreciada por los grandes caudillos, llegando Calígula en sus sonadas locuras a nombrar cónsul a su caballo *Incitatus*, para el que, según Suetonio, hizo construir una cuadra de mármol con pesebre de marfil, cubriéndole con un manto de púrpura, como a los grandes dignatarios del Imperio.

Los pueblos nórdicos, de la misma manera que Grecia y Roma, ligan el caballo a hechos innumerables, siendo un animal sagrado utilizado por sus dioses, símbolo indudable de su constante empleo

por tan batalladores, fuertes y soñadores pueblos. La mayor parte de las empresas bélicas que realizan los restantes pueblos bárbaros, procedentes de las inmensas estepas de Asia, están hechas por jinetes que infiltrándose en las legiones romanas acaban por desmembrar su Imperio. Ellos son los difusores del tan renombrado caballo asiático, pues huyendo de las desfavorables condiciones climatológicas de la estepa, en esas emigraciones fué elemento principal, dada la extensión enorme de sus llanuras y la falta de elementos de vida que tenían que transportar a lomos de este animal tan fiel al hombre.

* * *

La costa mediterránea de la Península Ibérica y el Norte de Africa, unidas hasta el cataclismo geológico que abrió el Estrecho de Gibraltar, fueron pobladas por hombres de la misma raza. Y es indudable que allí donde habitaban los mismos hombres tenían que existir los mismos animales domésticos. De aquí deducen los modernos zootécnicos que en el Mediodía y Levante de España y en el Africa del Norte existía una sola raza caballar. El caballo común a estas zonas era el conocido entre los naturalistas por *equus africanus*.

El caballo berberisco actual, sin duda, desciende del antiguo caballo nómada, tan célebre en las guerras púnicas, aunque los hipólogos no están muy de acuerdo sobre su primitivo origen, pues mientras unos suponen que la raza berberisca es indígena del Norte de Africa, otros afirman que procede del árabe. Tanto en el Norte de Africa como en la Península Ibérica, los árabes importaron hermosos caballos de Siria y de las llanuras del Eufrates, que ejercieron profunda influencia sobre la evolución de la población caballar de los países conquistados. La raza berberisca actual (1) es, pues, una mezcla de nómada, árabe y sirio. La formación de esta raza data de la primera invasión de Africa por los árabes, y se constituyó por la mezcla de dos tipos: el de frente curvada y grupa caída, y el de frente plana y grupa horizontal; más otro tercero, de perfil intensamente arqueado, que introdujeron los vándalos en la Península primero y en Africa después. La influencia de los caballos vándalos fué grande y por desgracia funesta, pues introdujeron en nuestro territorio el caballo germánico: linfático, basto y de perfil ultra-convexo,

(1) LICART, *Le cheval barbe et son redressement*.

cuya preponderancia en la herencia fué tan considerable que sus caracteres persisten hasta en los caballos de nuestros días.

Siguiendo con la exposición de los invasores de nuestra Península, diremos que la caballería cartaginesa estaba montada con caballos procedentes de Numidia y Libia, del mismo tipo, por tanto, que los peninsulares; la caballería romana emplearía en España caballos procedentes de Numidia y Mauritania, regiones que dominaba.

* * *

Al finalizar todas estas invasiones estaría ya definido el caballo español, al que se le suele denominar caballo andaluz, por ser en esta región de España donde se encuentra con más profusión. Solamente alabanzas a sus bellas cualidades otorgaron al *equus iberus*, nombre con que en la antigüedad conocían a nuestros caballos tratadistas y poetas como Aristóteles, Varron, Plinio, Virgilio, Columela y otros. No tenemos un conocimiento exacto de sus caracteres morfológicos, pero no nos cabe duda acerca de sus magníficas propiedades, beneficiadas con el mejoramiento por la sangre oriental y berberisca a través de las invasiones y dominaciones de los pueblos árabes, según veremos. Los caballos andaluces fueron los más estimados en los siglos pasados, siendo de notar que el sabio zootécnico francés Sanson, al referirse en su conocida obra a la raza andaluza, dice: "Antes de que el caballo inglés estuviese de moda, es decir, antes de la Restauración, el caballo andaluz ocupaba en Francia el primer lugar como caballo de silla. *No se le distinguía apenas del árabe*. El caballo de batalla predilecto de Napoleón era andaluz y su esqueleto se conserva en el Museo de Historia Natural de París."

Benedetto Accosi dice, también, elogiando nuestro caballo andaluz, que durante muchos siglos fué el caballo de armas predilecto de los guerreros y de los reyes, siendo el caballo europeo que cuenta con más nobles e importantes servicios.

Los caballos árabes que trajeron los mahometanos constituyeron un refuerzo de los caballos de tipo asiático de la época romana y fueron introducidos en la Península, durante la conquista, en cantidades inmensas. Como dato diremos que sólo al comienzo de la invasión sus caudillos disponían de más de 300.000 caballos, la mayoría de silla. Durante los ocho siglos de su permanencia en España, la cría caballar fué objeto preferente por parte de los soberanos musulmanes, que se ocuparon de establecer y mantener en la Bética magníficas yegadas, seleccionando escrupulosamente los cruzamientos.

De la cruce en Andalucía entre los caballos indígenas y los caballos árabes y bereberes, resultaron los dos tipos principales que existieron en nuestra nación desde la invasión musulmana hasta nuestros días: el *árabe-andaluz*, de perfil recto, y el *berebere-andaluz*, de perfil ligeramente convexo, y, en menor número, el tipo de perfil *ultra-convexo* o acarnerado, descendiente de los caballos germánicos.

* * *

En tiempos del Cid, los caballos que había en la Península, según dejamos dicho, eran del tipo llamado *español*, enormemente influenciado por los cruces efectuados durante los tres siglos que los árabes llevaban de permanencia en España. Si estudiamos las características de esta indiscutible primera raza caballar mundial, podemos diseñar el *tipo* equino de las monturas del Cid.

Hemos visto, siguiendo las huellas de autores esclarecidos, la cuna del caballo asiático en las planicies del Asia Central; este caballo, tronco del árabe, fué, indudablemente, llevado a Arabia siguiendo la segunda ruta mencionada, o sea la de las grandes mesetas, por los pueblos nómadas que en sus innumerables invasiones llegaron por los caminos naturales indicados: en Asia Menor, Egipto, etc., fué introducido el caballo por los arios. Esto no obstante, en Arabia había pocos caballos al principio de la Era Cristiana, época en que empieza a dársele impulso, que llega a su máximo con Mahoma, desde cuando puede considerarse formada la raza árabe. El Profeta, gran reformador de los usos y costumbres árabes, llevado de su amor al caballo o tal vez comprendiendo el interés de dotar a su pueblo de un vehículo apropiado para extender el islamismo, acometió la empresa de seleccionar entre los caballos pobladores de Arabia, los que habían de originar la desde entonces famosa raza árabe.

Según datos históricos y los transmitidos por la leyenda a través de las generaciones (confundidos entre sí a veces hasta el punto de hacer difícil su separación), Mahoma exaltó el culto al caballo, ya de por sí muy extendido entre los pueblos orientales, dando por una parte reglas para el reparto del botín tomado en las razzias, tendiendo siempre a favorecer al poseedor de un caballo de raza, y por otra seleccionando entre su ganadería (integrada por los mejores caballos de todos los lugares de Arabia), los ejemplares más notables que habían de contribuir a formar el pura sangre árabe; y dato curioso: al fundar esta raza no lo hace fijándose principalmente en

los machos, sino que, al igual del árabe, prefiriendo la yegua para montura, dirige toda su atención hacia éstas, y de las suyas escoge las cinco más veloces y mejor formadas, que dieron origen a otras tantas familias con numerosas ramas cada una.

La literatura islámica, con esa fantasía tan propia del Oriente, está llena de leyendas sobre la elección de esas cinco famosas yeguas. Una de ellas, la más generalizada y atribuida al propio Mahoma, refiere que un centenar de yeguas, sedientas después de varios días de continuos combates, galopaban libres en dirección a un arroyo; el Profeta, para poner a prueba la nobleza de aquellos animales, mandó a su trompeta lanzar el toque de llamada; mientras todas las demás continuaron enloquecidas su carrera, cinco yeguas volvieron relinchando, alegres y obedientes, al lugar de la asamblea. Mahoma llamó a cada una por un nombre y posó su mano sobre la frente de los animales, bendiciéndolos. *Abayyah, Saglawiyah, Kuhaylah, Hamdanyah* y *Hadbah* fueron en lo sucesivo, según la misma leyenda, montadas por Mahoma y sus compañeros: Alí, Omar, Abu-Bakr y Hassan. Estas cinco yeguas son las denominadas por los árabes *Jamsa er Rasul* (las cinco del Profeta), para distinguirlas de las llamadas *Jamsa ed Dinari*, un amigo del Profeta, dueño de un semental que procreó cinco yeguas, también famosas.

Los árabes distinguen, además de estas grandes variedades, numerosas subdivisiones de cada una de ellas: solamente la familia *Kuhaylah* comprende treinta y cinco subvariedades.

Hoy, no es importante conocer a qué variedad de las mencionadas pertenecen sus productos. "Lo esencial es criar animales de indudable pureza, pues todos los caballos árabes pura sangre son *Kuhaylah*, designación que originariamente se empleaba no para indicar una variación o familia particular sino que era la calificación general de la primitiva casta. *Todas las diferentes variedades y familias proceden de este kuhaylah originario.* El nombre de kuhaylah proviene de *Kuhl* (antimonio), por la coloración gris brillante de la piel, parecida a la de este mineral" (1).

Es el árabe un caballo de perfil recto, mediolíneo y eumétrico. Su cabeza, en la que se refleja la energía propia de esta raza, aliada con una nobleza inteligente, es mediana, *cuadrada*, teniendo el cráneo más ancho que largo (*braquicraniota*); la frente plana, ancha; las órbitas grandes, con las arcadas orbitarias muy salientes; ojos grandes, salientes, vivos, de mirar arrogante; orejas separadas,

(1) CARL. R. RASWAN, *Der araber und sein Pferd*. Stuttgart, 1930.

finas, derechas, muy movibles. La cara, mediana en su longitud, es derecha, continuando el perfil frontal, triangular, de base ancha; tiene los ollares grandes, abiertos, muy dilatables; la boca, relativamente pequeña, de labios finos.

En virtud de una armónica correlación orgánica, y al igual que la silueta frontonasal es recta, el conjunto del cuerpo de este caballo presenta perfiles rectilíneos; su cuello es largo, ligero, aunque bien musculado en la base; la cruz bien manifiesta; el dorso recto; los riñones potentes y rectos; la grupa horizontal, musculosa. Posee una caja torácica muy desarrollada, con *pechos de león*; las costillas, de una redondez media, bastante largas, y el vientre no muy desarrollado.

Sus miembros, con músculos y tendones bien marcados, netos, están perfectamente aplomados, con amplias articulaciones que ofrecen gran superficie para las inserciones tendinosas; tiene espaldas musculosas, antebrazos largos y cañas cortas. Los miembros posteriores revelan una gran energía, presentando buenos corvejones. Tiene espejuelos en las cuatro extremidades, medianamente grandes y finos; cascos fuertes.

Como decimos, el árabe es un caballo *eumétrico*, cuya alzada media oscila entre 1,45 y 1,50 metros, existiendo ejemplares que no la alcanzan y otros que la sobrepasan; estas oscilaciones son debidas, aparte el factor individual, a las condiciones diversas de clima y alimentación a que se ha encontrado sometido, variables en ésta más que en otras razas, criadas de una manera menos natural, en las que sus condiciones de vida son más uniformes. El peso, obedeciendo a las mismas causas, también varía, siendo su punto medio de 400 kilogramos.

Si el caballo árabe, estéticamente considerado, es el prototipo de la belleza de su especie, no lo es menos dinámicamente, igualando si no superando a aquéllas su belleza zootécnica o de adaptación, pues por el régimen duro, en climas ingratos, en que ha vivido, es un animal rústico, sobrio, inteligente, de gran fondo y resistencia a la fatiga, eliminando rápidamente, por su gran superficie pulmonar, las excretas producidas durante el ejercicio.

Por su conformación y resistencia, como resultado de una adaptación milenaria, es el mejor caballo de silla para marchas rápidas y sostenidas. Posee en el galope la misma arrogancia noble e inteligente que en la estación, revelando en la firmeza de sus movimientos una extraordinaria energía. En el trote, como consecuencia de la gran longitud del antebrazo con relación a la pequeña de la caña,

realiza un movimiento llamado gráficamente de *natación*, poniendo casi horizontales los miembros anteriores, que unido a llevar la cola en *trompa*, hace, conjuntamente con la arrogancia de su cabeza y general potencia, una lámina justificativa del entusiasmo que por él han tenido siempre los pueblos orientales y la mayor parte de los jinetes.

En cuanto a sus capas, en los árabes puros dominan los alazanes y castaños, extraordinariamente apreciados por el guerrero y el bandido nómadas; le sigue el tordo, con sus variados matices (1), existiendo también el negro; su piel es fina, elástica, con pelo corto, cola y crinera largas, casi siempre onduladas, careciendo de cernejas; posee en cambio *espigas* repartidas por diversas partes del cuerpo, a las que el árabe da significados diversos, según el sitio donde se encuentran, estimándolas como augurios beneficiosos o perjudiciales unas veces, y otras como ejecutoria de nobleza, sólo ostentada por familias caballares escogidas, algunas reveladoras, en las yeguas, de malas condiciones para la cría, etc.

* * *

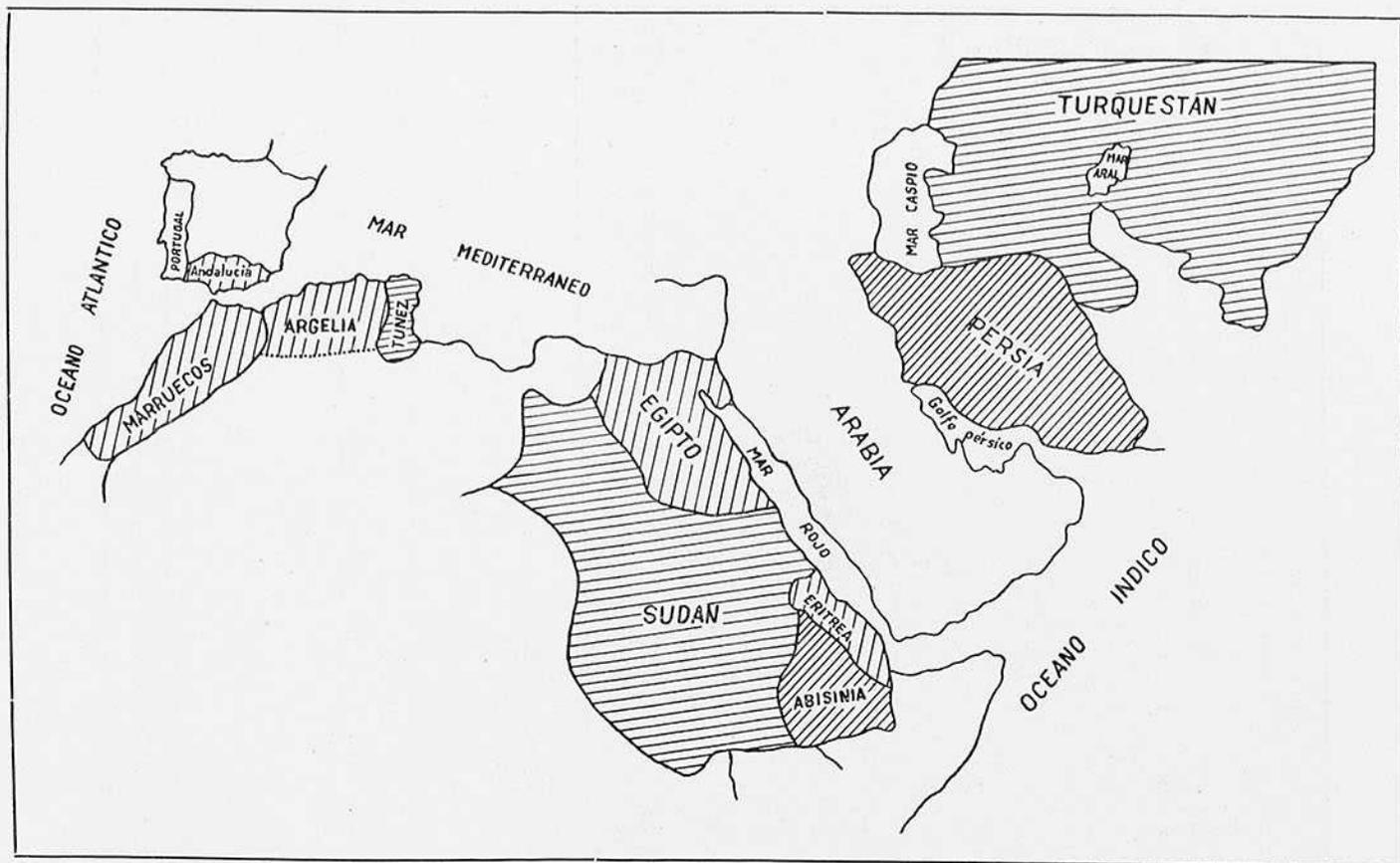
La influencia de la sangre árabe en la creación de nuevas razas es de todos conocida. La genealogía de la mayor parte de los caballos célebres en el *turf* se remonta a los famosos *Darley's Arabian* y *Godolpline Arabian*, fundadores con las *royal mares*, yeguas también árabes, bereberes, turcas y persas, del llamado pura sangre inglés.

En el Stud-Book de los Estados Unidos aparecen importados, en un siglo (1760 a 1860), 54 sementales y yeguas árabes. En Rusia, Francia, Alemania, Hungría, Austria, Italia, Turquía, la India, y en general en todos los países, la sangre árabe, directa o indirectamente, ha sido la empleada para la mejora de caballos de silla y coche, cuando se ha tratado de introducir en ellas nobleza, inteligencia, belleza y salud.

* * *

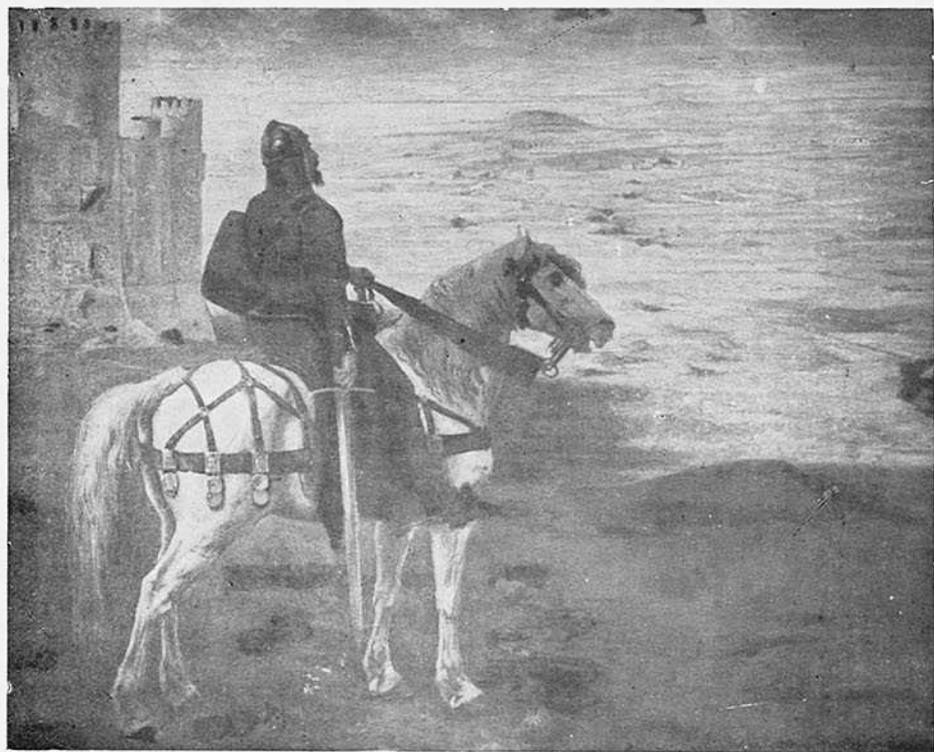
Por el rápido bosquejo efectuado de las razas caballares que en la Península Ibérica existieron hasta los días del Cid, se deduce claramente que el tipo de caballo de los que montó el Campeador,

(1) En España es hoy la capa más frecuente.



Area del caballo africano

(Corresponde al artículo del Sr. Ibáñez de Aldecoa)



Acertado tipo de caballo montado por el Cid en el cuadro de Marceliano Santamaría, "Se va ensanchando Castilla..." que se conserva en el Ayuntamiento de Burgos

(Corresponde al artículo del Sr. Ibáñez de Aldecoa)

fué necesariamente el árabe o el español, que según Sanson *no se distinguía apenas del árabe*, el más apropiado del mundo para la guerra de aquellos tiempos.

Del aprecio que se hacía de tan útil animal, es prueba clara lo codiciados que eran como botín de guerra. Así el Poema:

en la quinta parte suya — al Cid tocan cien caballos (1)

*quiero por menor deciros — lo que es más destacado:
no pudieron hacer cuenta — de todos los caballos,
que vagan con sus monturas — y no hay quien venga a tomarlos;
los moros de la huerta — quedáronse allí con algo;
a pesar de todo eso, — al Campeador afamado
de los buenos y de estima — cayéronle cien caballos* (2);

*Tanto caballo de armas — lucido y buen corredor,
mío Cid se los ha ganado — que nadie se los donó* (3).

En caballos, de su quinto — seiscientos al Cid tocaron (4),

Y, también, los presentes que con ellos se hacían:

*“al Rey Alfonso, — que me tiene desterrado,
quiero yo como presente — mandarle treinta caballos,
cada uno con su silla, — y todos bien enfrenados”* (5).

*“mandaros quiero a Castilla, — do tenemos heredad,
al Rey Alfonso, — señor mío natural;
de estas mis ganancias, — que hemos hecho por acá,
cien caballos quiero darle, — y vos idlos a llevar”* (6);

*“Mañana al amanecer, — tenéis que partir sin falta
con caballos de esta quinta, — que yo tengo de ganancia,
.....*

*Estos doscientos caballos — quiero que en regalo vayan,
que no hable mal Don Alfonso — de quien en Valencia manda”* (7).

*“Tráigoos treinta palafrenes, — éstos bien enjaezados,
y otros treinta de carrera, — éstos muy bien ensillados”* (8);

(1) M. MARTÍNEZ BURGOS, *Poema de Mío Cid*, versión moderna, v. 805.

(2) Idem, ídem, vv. 1776-1781.

(3) Idem, ídem, vv. 2010-2011.

(4) Idem, ídem, v. 2489.

(5) Idem, ídem, vv. 815-817.

(6) Idem, ídem, vv. 1271-1274.

(7) Idem, ídem, vv. 1808-1809, 1813-1814.

(8) Idem, ídem, vv. 2144-2145.

De la importancia que tiene en el combate el montar un buen caballo, del que a veces depende la vida, es reflejo el Poema en el combate con el Rey Yusef, y en la acción del Cid con el Rey Búcar:

*Al rey Yusef — tres golpes le hubo dado,
hurtósele de la espada — que anduvo bien su caballo,
y se le metió en Cullera, — un castillo bien cercado;
mío Cid el de Vivar — allí en su alcance ha llegado,
con otros que van con él — de entre sus buenos vasallos.
Desde allí volvió las riendas — el en buen hora criado,
alegre estaba muy mucho — por el botín que han ganado;
allí Babieca apreció — por bueno de cabo a cabo (1).*

*“Espada tienes en mano — y véote espolear,
tal y como me parece, — la quieres en mí ensayar.
Mas si el corcel no tropieza, — y conmigo en tierra da,
no te juntarás conmigo — hasta dentro de la mar.”
Aquí respondió mío Cid: — “Eso no será verdad!”
Buen caballo tiene Búcar! — y buenos saltos que da,
mas Babieca el de mío Cid — alcance dándole está.
Alcanzóle el Cid a Búcar — a tres brazas de la mar,*

*.....
Mató mío Cid a Búcar, — el Rey de allende la mar (2),*

Está claro que el Cid, hombre de una fuerte personalidad, de prestigio casi fabuloso entre sus coetáneos, vencedor en cuanto combate sostuvo, táctico genial, infatigable corredor de tierras, tuvo que montar caballos magníficos; seguramente, todos eran de la más pura raza árabe, ya que solamente éstos tienen las propiedades que menciona aquella frase del *Carmen latino*, en que dice que el Cid, al recibir la contestación del mensaje que envió a los Condes de Barcelona y Cerdeña, “monta sobre su caballo, que un sarraceno había traído del Africa; no lo daría por mil sueldos, pues corre más que el viento y salta mejor que un venado” (3).

Que *Babieca* era árabe, y “pura sangre” no nos cabe la menor duda. Y que el *Campeador* estaba orgulloso de él, es cosa indudable.

(1) M. MARTÍNEZ BURGOS, *Poema de Mío Cid*, versión moderna, vv. 1725-1732.

(2) Idem, ídem, vv. 2413-2420 y 2425.

(3) Cit. por MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, pág. 313.

Lo prueba la prestancia que adopta al entrar triunfante en Valencia, después de la derrota que alcanzó sobre Yusef:

*De los cincuenta mil moros, — por cuenta fueron notados,
no lograron escapar — más allá de ciento y cuatro.*

*.....
él con cien caballeros — a Valencia se ha tornado,
trae descubierta la cara, — pues venía desarmado;
así entró sobre Babieca — con la espada en la mano (1).*

Y lo dice, también el Poema en los siguientes versos:

*Mandó mío Cid — a los que tiene en su casa,
que el alcázar custodiasen — y las otras torres altas,
y todas las puertas de ellas, — y las salidas y entradas,
y a Babieca le trajesen; — poco iba que le ganara
de aquel Rey de Sevilla, — y de su derrota franca;
aún no sabía mío Cid — que en buen hora ciñó espada,
si sería corredor, — haría buena parada;
a la puerta de Valencia, — donde sin cuidado estaba,
ante su mujer e hijas — quería jugar las armas.
Recibidas las dueñas — con una honra tamaña,
el Obispo Don Jerónimo — adelante caminaba,
allí dejaba el caballo, — a la iglesia enderezaba;
con todos los más que puede, — que a tiempo se preparaban,
la sobrepelliz vestida, — y alzadas cruces de plata,
fué a recibir a las dueñas — y al valiente de Minaya.
El que en buen hora nació — no lo retrasaba;
vistióse el sobregonel, — luenga trae la barba,
ensillanle a Babieca, — las gualdrapas le echaban,
subió sobre él mío Cid, — y armas de palo tomaba.
En el caballo Babieca, — tal es su nombre, se arranca,
dió veloz una corrida, — ésta fué extraordinaria,
cuando acabó de correr, — todos se maravillaban;
de allí se apreció a Babieca — por lo más grande de España (2).*

No era solamente el de Vivar quien admiraba a tan hermoso animal: el Rey Alfonso aprecia justamente la importancia que para tan genial caballero tenía aquel corcel sin par, según el citado *Poema*,

(1) M. MARTÍNEZ BURGOS, *obra citada*, vv. 1731-1732; 1743-1745.

(2) *Idem*, *ídem*, vv. 1570-1592.

cuyo pasaje transcribimos (vv. 3508-3521), comenzando con el relato de la *Crónica de Veinte Reyes*, que suple la laguna existente entre los versos 3507-3508:

Entonces mandó dar el Cid a los embajadores de los Infantes de Navarra y de Aragón, bestias y todo lo demás que hubieron menester, y despidiólos.

El Rey Don Alfonso cabalgó entonces con todos los altos-hombres de su Corte, para acompañar al Cid, que se iba fuera de la ciudad. Y cuando llegaron a Zocodover, yendo el Cid en su caballo, que llaman BABIECA, díjole el Rey: "Don Rodrigo, por la lealtad que me debéis, espolead ahora ese caballo, de que tanto bien oí decir."

El Cid se sonrió y dijo: "Señor, aquí en vuestra Corte hay muchos altos hombres, dispuestos a hacer eso que pedís; mandadlos a ellos, que trabajen con sus caballos." El Rey le dijo: "Cid, satisféceme lo que decís; mas con todo eso, quiero que corráis ese caballo por mi amor."

El Cid entonces arremetió con su caballo, y tan de recio le corrió, que todos se maravillaron de la carrera que hizo.

*Alzó la su mano el Rey, — la cara se santiguó:
"Yo lo juro por el Santo — Isidoro de León,
que en todo nuestro reino — no hay otro tan buen varón."
Mío Cid en su caballo — delante del Rey llegó,
y fué a besarle la mano — a Alfonso su Señor:
"Mandásteme galopar — a Babieca el corredor,
no hay en cristianos, ni en moros, — otro como él de veloz;
yo os le ofrezco de regalo, — queredle aceptar, Señor."
Replicó el Rey al momento: — "Eso no lo acepto yo;
si a vos quitare el caballo, — no habría tan buen señor.
Tal caballo como éste, — es para tal como vos,
para vencer a los moros, — e ir en su persecución;
a quien quitárosle quiera, — no le valga el Criador,
que por vos y ese caballo, — más honra ganamos nos"*

RAFAEL IBÁÑEZ DE ALDECOA